

Editorial

La Utopía de la Comunicación. Una mirada desde América Latina

Todo producto social, al igual que todo conocimiento sobre la realidad, debe ser considerado históricamente y, aún más, ilustrado económica y políticamente. Así, la Comunicación para la Integración Regional en América Latina solo es posible concebirla desde el frente cultural de lucha y construcción de un imaginario o relato de la Patria Grande. Si algún valor tiene la re-construcción de lo pasado es, justamente, la de cumplir una función vicaria de mediación sobre los mundos de vida, dirimiendo la proyección en todo momento de lo real desde las potencialidades imaginadas y presentes. Este y no otro es el sentido de la utopía y de la libertad informativa como realización cultural en el ejercicio de autodeterminación sociopolítica. Como un ejercicio de *palingenesia*, como la construcción, en otras palabras, de lo social desde lo colectivo, como un pensamiento y una acción transformadora. En este sentido, la utopía es una forma de determinación de nuestro presente y posibilidades de acción, instituyendo una norma con la que medir la realidad desde nuestras aspiraciones colectivas. Toda mediación política emancipadora exige, por lo mismo, la articulación social para la transformación de las formas de organización y desarrollo cultural.

Traemos a colación estas reflexiones porque iniciamos un año, 2016, de celebración del quinto centenario del texto *Utopía*, de Tomás Moro, una referencia que iluminó modelos de comunidad y convivencia republicana en todo el orbe. Y cuyo neologismo remite desde entonces a un imaginario o imposible, en algo así como una suerte de dirección asintótica. De ahí el sentido peyorativo de lo utópico como irreal o no materializable. El movimiento incesante de la historia demuestra, no obstante, que aquello solo pensable es realidad en el tiempo largo de la vida de las civilizaciones. Algo similar a lo que testimonia en la *Carta de Jamaica* Simón Bolívar, hoy en parte una realidad incipiente en Celac y Unasur, además de otras estructuras e iniciativas de integración. Conviene hacer este parangón y contraste histórico porque en nuestro ámbito hace décadas era impensable una utopía como Telesur o procesos regulatorios como los vividos en varios países de la región. Del mismo modo, cuando el Movimiento de Países No Alineados marcó una agenda común en Unesco para un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (Nomic) las lecturas del sentido común hegemónico descalificaron tales iniciativas por irreales. El caso es que tras más de una década de aceptación, por inercia histórica, del principio del libre flujo de la información en las relaciones internacionales, a principios de la década de los setenta vimos emerger un dinámico movimiento de protesta en los países del entonces llamado Tercer Mundo, coincidiendo con la expansión transnacional de

la estructura dominante de poder mediático global. La conciencia sobre la escasez y limitación de recursos, canales y frecuencias en las comunicaciones transnacionales por satélite, con las que EEUU inició su campaña neocolonialista a través de los proyectos de difusión de innovaciones, fue en parte el origen de la denuncia de los países del Sur frente al modelo de desarrollo del sistema internacional de comunicación, en su propuesta final de un *sistema informativo* más equilibrado y adecuado a las necesidades de reproducción de la identidad cultural.

Recordemos que para entonces la cuota de participación de estos países en el sistema mundial de satélites estaba desproporcionadamente restringida, merced a una creciente dependencia tecnológica y a un papel secundario en el sistema político mundial por la nueva división internacional del trabajo. En plena década de los setenta, apenas veinte empresas privadas de componentes electrónicos monopolizaban la red comunicativa mundial, resultando que los siete grandes países del mundo –el G 7– poseían el control absoluto de la información a escala global. Ante esta situación, los países marginados del reparto de frecuencias y órbitas espaciales aprobaron en 1972 la “Declaración de principios guía sobre el uso de la transmisión por satélite para el libre flujo de la información, la difusión de la educación y un mayor intercambio cultural”, rechazada únicamente por los representantes de EEUU al considerar la propuesta un ataque directo al libre flujo de la información.

A partir de este intento de conciliación entre los derechos de los países consumidores de las industrias culturales estadounidenses y las exigencias de libertad de información, los países del Sur comenzaron entonces a sentar las bases de su utópica propuesta de un nuevo orden internacional (Nomic) con toda una serie de actuaciones directas y decididas sobre el sistema dominante de la estructura internacional de la información en virtud de tres líneas de trabajo prioritarias:

1. El diseño de políticas nacionales de comunicación, previo análisis de costos y beneficios en la importación de tecnología.
2. La política de cooperación regional para el necesario desarrollo de alternativas al modelo económico de las naciones hegemónicas.
3. Y el diseño de una estrategia proactiva en los foros internacionales, posicionando el problema de la comunicación como asunto prioritario de la agenda pública.

La apuesta emancipadora de los países del Sur –descalificada, insistimos, entonces como utópica o contraria a las libertades de expresión, de forma similar a como hoy sucede en los proyectos de integración regional de la era Wikileaks, o los proyectos de regulación a través de políticas nacionales– da cuenta de la continuidad de un hilo rojo en la historia hacia la procuración de potencialidades realizables en América Latina. Esto, junto a la emergencia de un “saber otro” que tiene por objeto abrir al debate público y académico sobre las bases del conocimiento histórico de los mitos fundadores de la comunicación moderna y los proyectos de dominio de discursos contemporáneos, como el de

la Sociedad Global de la Información, y así contribuir al desarrollo de una nueva “imaginación comunicológica”. En otras palabras, la certeza de que otra comunicación es posible; que imaginar otra mediación es socialmente necesario, pues podemos una vez más imaginar el futuro –porque entre otras razones no hemos perdido nuestra memoria histórica–, es la razón de ser del Monográfico que nos ocupa. El cual constituye un programa prioritario de investigación en la actual etapa de CIESPAL, al tiempo que una prueba o constatación de la voluntad insu-misa, propia del principio esperanza que pensó Bloch.

Y es que, en cierto modo –permita el lector esta alusión personal– escribir desde el exilio o en virtud de la afinidad electiva de académico *trasterrado*, es un ejercicio reflexivo y paradójico. Significa cuando menos impugnar el modelo dominante de configuración sociopolítica del sistema internacional y la división del trabajo que lo acompaña. Al mismo tiempo contribuye a proyectar alternativas y modelos ideales de organización del ecosistema cultural, más allá de las demarcaciones coloniales del territorio. No otra cosa puede ser la escritura, en este sentido, sino dispositivo de transgresión, cuando en nuestro ámbito se impone el paradigma chileno –un modelo impuesto por el régimen terrorista de Pinochet, con quien, dicho sea de paso, Estados Unidos mantuvo tan buenas relaciones– mientras en otras latitudes como Ecuador o Brasil se avanza tentativamente en la democratización de la información y del conocimiento de la era internet. Pero vayamos por partes, hecha esta digresión, a modo de licencia. Reconozcamos que en este tiempo de utopías integradoras y de crítica y escritura académica muchas cosas han cambiado.

Si en los años setenta Europa era la referencia de progreso por su modelo de servicio público audiovisual, hoy todo el mundo observa con interés las propuestas innovadoras de América Latina, cuyos procesos reguladores son inéditos, originales en su conformación y los más avanzados en las políticas democratizadoras de la comunicación a nivel mundial. En este marco, CIESPAL viene procurando poner en valor su patrimonio inmaterial, su historia y memoria como espacio de referencia de comunicadores, académicos y medios de información de América Latina, para impulsar procesos de articulación desde una perspectiva liberadora. En sus más de cincuenta años de historia, es más que reconocido el papel de nuestra institución como promotora de numerosas misiones diplomáticas de estudio, formación, asistencia y apoyo a organizaciones sociales. Esas organizaciones, sin lugar a dudas, han sido decisivas en muchos de los debates que ha vivido la región, tanto por su originalidad como por la influencia que han tenido en el escenario internacional y en los proyectos o iniciativas de integración a este nivel. En esta línea, si el lema que preside hoy nuestra institución es que *la comunicación es un derecho*, en los próximos cinco años Chasqui tratará de proyectar otra comunicación para la dignidad y los derechos humanos de los pueblos latinoamericanos, liderando el proceso de cambio que vive la región, desde un enfoque crítico, en tanto que nodo central de mediación del pensamiento, la técnica y el saber comunicacionales para el cam-

bio histórico posible y necesario en, por, para y desde la voluntad de integración. Si bien el contexto político neoliberal no hacía posible hasta ahora esta apuesta, durante el último lustro es evidente que ha llegado el momento de repensar la comunicación y la utopía de la Patria Grande reavivando el llamado *espíritu MacBride*. Es así que iniciamos en Chasqui una política editorial que impulsa una *Comunicología del Sur*, una *Comunicación para el Buen Vivir* revolucionaria, que inspire otra práctica y pensamiento comunicacional en todo el mundo desde la explícita vocación integradora que ha venido impulsando a lo largo de su historia CIESPAL. Lógicamente, ahora en otro marco histórico y cultural. Analizar las políticas públicas en la llamada Sociedad del Conocimiento, así como las nuevas formas de ejercicio de la ciudadanía en un entorno cada vez más mediado tecnológicamente, exige nuevas miradas y visiones no medio-céntricas o tecnodeterministas. Entre otras razones porque, en este nuevo marco, la ciudadanía experimenta novedosas formas de apropiación del espacio público a través de la articulación de demandas de cuarta generación no satisfechas, como el derecho a la comunicación libre, intercultural, incluyente, responsable, diversa y participativa. Estas deberán ser reformuladas ya no en el marco del Estado-nación sino más bien en el ámbito más amplio de la ciudadanía cultural latinoamericana.

La hipótesis de partida que nos convoca es, desde una mirada crítica, la alteración de la mediación de la comunicación política a través del cambio experimentado en las relaciones de fuerza políticas y económicas del nuevo regionalismo latinoamericano, y la necesidad de estudios comparados e internacionales en materia de comunicación y cultura. Un esfuerzo al que intentaremos dar continuidad y que, claro está, en modo alguno es nuevo u original. Pues desde el Informe MacBride al Foro de Porto Alegre, de Belgrado a Buenos Aires y Sevilla, los estudiosos, comunicadores y movimientos sociales de liberación sabemos que hace tiempo “Otra Comunicación es Posible”. Asimismo, que la contribución del conocimiento, y su apropiación social, junto a las nuevas tecnologías y sistemas de información tienen una función esencial que cumplir en este empeño. Este es el espíritu por ejemplo que diera lugar a la Carta de Buenos Aires en el origen de la actual Unión Latina de Economía Política de la Información, la Comunicación y la Cultura (ULEPICC), asociación internacional de investigación que en la última década ha venido trabajando en la articulación, agrupamiento y promoción de los estudios económico-políticos y de teoría crítica, recuperando el legado histórico y científico de la productiva escuela latinoamericana en la construcción de una comunidad epistémica supranacional.

En esta línea, y a partir de un abordaje interdisciplinar de problemáticas y realidades tan diferentes como los derechos culturales, la economía de las industrias culturales y las nuevas lógicas de mediación del espacio público, nuestro compromiso aquí y ahora, en Quito, es alimentar este proceso y visión ya cultivada en iniciativas constituidas como ULEPICC. De esta manera se podrán conformar redes académicas, procesos de empoderamiento de la teoría y la pra-

xis transformadora, a fin de sentar nuevas bases materiales que hagan posible el derecho a la palabra de las minorías y grupos subalternos de la Patria Grande. El momento es del todo oportuno. El recobrado interés por las identidades y comunidades locales que nos vinculan y distinguen tiene lugar hoy. Un proceso en el que se están fijando nuevas demarcaciones culturales, formas *invisibles* de de/limitación, que establecen márgenes de libertad y restricciones, estructuras desiguales e injustas de división internacional del trabajo cultural que nos excluyen y *limitan*, imponiendo lógicas de reproducción que esterilizan la capacidad de nuestras culturas populares para crecer y subsistir en el nuevo dominio científico-técnico de la Sociedad del Conocimiento. En esta deriva lógica de distinción y ordenamiento el reconocimiento de los *lugares comunes*, que nos vinculan y de algún modo nos afectan, debe servir para poner en valor nuestro patrimonio cultural diverso en función de un proyecto económico, político y cultural, que transforme la necesidad en virtud. Más allá, desde luego, de los muros simbólicos y las aduanas económico-culturales que mantienen aislados, en una estéril diferencia, los modelos y matrices de la rica biodiversidad latinoamericana; en virtud de la indiferencia ante la suerte o deriva del aislamiento del “Otro”. Retomando palabras de García Canclini: por la tradicional desigualdad y desconexión de la realidad latinoamericana en la era de las redes y la conectividad global. Por delante tenemos, en este sentido, déficits históricos por pensar:

- Las brechas cognitivas que atraviesan el proceso de integración.
- La debilidad de las políticas incipientes de comunicación a nivel nacional.
- La falta de reflexividad del campo académico sobre las transformaciones históricas que ha vivido y vive la región.
- La hegemonía cultural del neoliberalismo como paradigma de convivencia en las democracias del subcontinente latinoamericano.

Es por ello que en el marco del Encuentro Latinoamericano Progresista abogamos el pasado año por una agenda de trabajo estratégica que es preciso impulsar, desde luego, también en la investigación en comunicación, contribuyendo:

- Al análisis de la geopolítica de la comunicación y el nuevo sistema internacional de información de la era internet.
- A la conexión –vía instituciones como CIESPAL– de nodos de pensamiento decolonial y de intervención emancipadora.
- A la conexión de agendas para una ciudadanía sudamericana en la era digital.
- Al diseño de redes de facultades, grupos de investigación e instituciones de referencia para el pensamiento propio como antaño hicieran FELAFACS, ALAIC, ALER o la propia CIESPAL.
- Al fortalecimiento de la cooperación y constitución de plataformas de medios públicos y comunitarios.

- Al impulso de un Foro Social de Internet que democratice la red y avance una agenda ciudadana en materia de política de telecomunicaciones.

En definitiva, el reto no es otro que volver a articular espacios de diálogo y encuentro intercultural para redefinir la agenda de las políticas de comunicación para el Buen Vivir, desde una concepción más plural de las libertades públicas. Tal empeño constituye en nuestro tiempo, a nuestro modo de ver, la condición más importante para modificar las lógicas del dominio eurocéntrico en la comunicación contemporánea. Una apuesta adecuada, a decir verdad, a la historia, patrimonio e inteligencia de las ciencias sociales y el pensamiento latinoamericano. En esta voluntad insubordinada, la función social de Chasqui como revista será la de constituirse en foro de pensamiento para el proceso insituyente de reconstrucción y puesta en valor del legado histórico de las utopías que han surcado el continente. Lo contrario sería aceptar el orden reinante en forma de renuncia a la identidad y a la memoria. Práctica, dicho sea de paso, más que habitual en el colonialismo académico que viene produciéndose en nuestras universidades en los últimos tiempos.

Por ello consideramos que hoy más que nunca es necesario –como advierte Bernard Cassen– constituir “una memoria reflexiva y autocrítica” de los foros y espacios de articulación mundial, observar en la distancia las continuidades y rupturas de la geopolítica de la comunicación y su pensamiento. Situar en fin la memoria en el centro de la comunicación por principio y coherencia con una visión sociopráctica y crítica de la mediación. La renuncia del pensamiento social a las utopías materialistas significa, a este respecto, el desplazamiento del campo de trabajo hacia el más sofisticado pancomunicacionismo; desde un discurso idealista que anula el potencial conflictivo y contradictorio del proceso de integración global del capitalismo. Las páginas de este número con el que iniciamos un tercer periodo en la historia de la revista más antigua de comunicación del subcontinente apuesta por lo contrario, por imaginar caminos no explorados, recorridos sobre las encrucijadas, pulsiones, tegumentos, tejidos y textos que dan sentido y fundamento a un pensar cosmopolita, localizado, al tiempo que universal, por su génesis liberadora. Este es el sentido de una práctica teórica posicionada en los intersticios de lo social-popular. A esta transgresión nos referíamos cuando reivindicamos la capacidad de ruptura simbólica del modo de pensar y hacer ciencia en la región; o, por decir del bueno de Bolívar Echeverría: esta es la línea de continuidad que puede ser leída entre líneas en las siguientes páginas como una suerte de salida diferente de otra modernidad posible desde el *ethos barroco*. Un ejercicio, sin duda, de palimpsesto y configuración de la escritura dominante. Apasionante reto. Y garantía, puede coleccionar el lector, de un efectivo principio de esperanza con el que soñar la Comunicación.

Francisco SIERRA CABALLERO
Editor